

UNA ALIANZA EN VILO

JOAQUIN RABAGO

MIL quinientos millones de dólares de ayuda. Al final, el FMI dio la esperada luz verde. Fueron precisas, sin embargo, grandes dotes de persuasión y abundante paciencia hasta vencer la desconfianza general hacia el gobierno turco de Bülent Ecevit. En realidad, sin lo sucedido en el vecino Irán, hubiese costado incluso mucho más. Pero ni los Estados Unidos ni los restantes aliados de la OTAN pueden permitirse ya el riesgo de un nuevo estallido islámico en la zona. Y por más que los expertos se sigan empeñando en afirmar que en absoluto son comparables los dos países —ni sus sistemas políticos ni la naturaleza y funciones de sus respectivos ejércitos—, Washington ha escarmentado con la experiencia iraní. Perdido el Irán, sólo queda ese otro baluarte geoestratégico en el flanco sur de la OTAN. Y las noticias que llegan de Turquía revelan una situación cada vez más alarmante.

El socialdemócrata Ecevit ha acabado defraudando todas las esperanzas que amplios sectores pusieron en él hace dieciocho meses, cuando se le encargó formar gobierno, después de que su antecesor, el derechista Suleyman Demirel, con su partido de la Justicia, hubiese dejado al país hundido en la bancarrota. Ecevit no ha querido o no ha sabido llevar a cabo las reformas en profundidad que necesitaba la economía turca y se ha contentado con unos simples retoques superficiales que no han hecho si no agravar la situación. Así, la inflación, que rozaba el 18 por 100 hace tres años, hoy supone el 60 por 100. Las deudas del país en el exterior alcanzan, según el FMI, los 19.000 millones

de dólares. El índice de desempleo supera el 20 por 100. Todo lo cual ocurre en un país que, con un 2,5 por 100, registra la mayor tasa de natalidad de Occidente.

Pero al desastre económico que reflejan las cifras anteriores viene a sumarse una situación de creciente violencia: más de 1.500 asesinatos en el tiempo que lleva en el poder el Partido Popular Republicano de Ecevit, con algunas matanzas tan sangrientas como la ocurrida el pasado diciembre en Kahranmaras (130 muertos y 1.000 heridos), a raíz de un enfrentamiento entre dos comunidades rivales —chiitas y sunitas— al que no fueron ajenos ciertos provocadores ultraderechistas vinculados a la Acción Nacional. A este partido neo-fascista, dirigido por un militar retirado, Alparslan Turkes, y un ex ministro de

Comercio, Aghan Guner, que cuenta con 500.000 afiliados o simpatizantes y tiene sus propias tropas de asalto, denominadas "lobos grises", puede atribuirse sin lugar a dudas la mayoría de los atentados políticos que diariamente se producen en el país. La represión parece cebarse, sin embargo, en la izquierda. Así, el pasado 1 de mayo, el ejército no necesitó prácticamente ninguna orden del gobierno para establecer el toque de queda en las principales ciudades y detener a unas 1.600 personas que, desafiando la prohibición, intentaron manifestarse. Entre ellos, los principales dirigentes de la Disk, confederación de sindicatos marxistas, y un buen número de estudiantes.

Para complicar aún más la situación están los kurdos —unos seis millones en Turquía—, que, estimulados por el

ejemplo del Irán, donde viven cuatro millones quinientos mil aproximadamente, constituyen un foco de continua agitación. Hay quien dice que los guerrilleros kurdos reciben armas de grupos izquierdistas que tienen sus bases en la vecina Siria. Aunque, según declaraciones del propio Ecevit, hasta 1975 por lo menos la CIA tuvo bastante que ver con la rebelión kurda.

Ahora, sin embargo, la inestabilidad de esa región preocupa seriamente a Estados Unidos, ya que este país tiene unas importantes instalaciones de radar para el seguimiento de los misiles soviéticos muy cerca de Diyarbakir, ciudad que, con sus 650.000 habitantes, viene considerada como la auténtica capital del Kurdistán. En esa y otras bases del Norte del país están destinados buena parte de los 5.000 solda-



Un momento del juicio contra más de 800 supuestos extremistas acusados de promover los sangrientos disturbios de Kahranmaras, en los que murieron 130 personas y otras 1.000 resultaron heridas.

UNA ALIANZA EN VILO

dos norteamericanos que hay en territorio turco.

Es, pues, lógico que fuese el propio Alexander Haig, siempre en sus papel de centinela de Occidente, quien más hiciera para convencer a los aliados de la necesidad de ayudar económicamente a Turquía. Al general aspirante a político debió de alarmarle no sólo el hecho de que Ecevit firmara el pasado verano un tratado de amistad con la URSS, sino también el que Moscú concediera a los turcos 8.000 millones de dólares de ayuda económica destinada a la instalación de una planta nuclear y a financiar el suministro de energía eléctrica procedente de las centrales soviéticas.

Cabe imaginarse también cuál habrá sido la reacción de Haig ante la resistencia de Ecevit a permitir que los aviones de reconocimiento "U-2" norteamericanos sobrevolasen territorio turco para recoger información telemétrica de los misiles soviéticos lanzados desde la base de pruebas de Tyuratam en Kazajstán. El pretexto aducido por el gobierno turco es que, al ser el SALT-II un tratado exclusivo entre las dos superpotencias, la URSS debía dar también su visto bueno a la realización de ese tipo de vuelos por parte norteamericana.

No hay duda de que Ecevit ha querido hacer valer cara su colaboración con los otros miembros de la OTAN. Pero esta organización de ninguna manera podía arriesgarse a perder su aliado. Cosa que pudo haber ocurrido cuando, tras la invasión de Chipre de 1974, el Congreso norteamericano impuso un embargo a los envíos de armas a aquel país.

El tema de la ayuda económica urgente al "eslabón débil" de la OTAN fue tratado ampliamente en la cumbre que celebraron en Guadalupe los cuatro grandes occidentales. Allí, Carter logró persuadir al renuente canciller Schmidt para que fuese Bonn

quien llevase la batuta en las negociaciones entre la OCDE, el FMI y Ankara. Para tan delicada misión, Schmidt nombró a un cristianodemócrata, el ministro de Hacienda del land de Baja Sajonia, Walter Leisler Kiep, quien pasaría más de dos meses volando entre Washington, Tokio, Ginebra, París, Londres, Bonn y Ankara.

El mayor obstáculo que encontró Kiep fue sin duda la negativa primera de Ecevit a aceptar las duras imposiciones del Fondo Monetario Internacional para la concesión de cualquier ayuda. Al final, sin embargo, ya con el agua al cuello, el primer ministro dio su brazo a torcer. La libra turca sería devaluada en un 43 por 100 y se impondría toda una serie de medidas igualmente drásticas. A cambio, el FMI avalaría la operación de ayuda de 24 países occidentales, incluidas algunas bancas privadas. Con los 1.500 millones de dólares del primer año, Turquía podría importar al menos las materias primas, incluido el petróleo, que necesita para aprovechar al máximo su capacidad productiva, que últimamente había quedado reducida a la mitad.

Son muchos, pese a todo, los que dudan no sólo de la eficacia de este tipo de medidas, sino de la propia permanencia en el poder de Ecevit. Su gobierno ha tenido que prolongar por otros dos meses la ley marcial en 19 provincias, y su partido, que cuenta con 209 escaños del total de 450 que hay en la Cámara, ha estado a punto de sufrir una derrota parlamentaria. El próximo otoño habrá elecciones parciales. Hay quien duda de que pueda siquiera pasar el verano. El problema es que el posible recambio, Demirel, mostró ya entre 1975 y 1977 su total incapacidad. Y la otra salida es el golpe de Estado militar. El que buscan Turkes y su "Acción nacional". ¿Qué diría Haig en ese caso? ■

Skylab

Después de realizar miles de cálculos para poner en órbita el "Skylab", la NASA tiene todavía la esperanza de que no nos caiga encima de la cabeza.

La caída de un ángel

GERARD BONNOT

LOS expertos de la NASA son como los profetas: no saben ni el día ni la fecha. Tampoco saben el sitio. Y, sin embargo, más terminantes no pueden ser: el mayor satélite artificial lanzado al espacio por el hombre, el Skylab, laboratorio celeste, ochenta toneladas de chatarra, electrónica y aparatos de índole diversa, se va a estrellar contra la Tierra en el decurso de las próximas semanas.

Las leyes de la mecánica celeste son implacables. Si un satélite quiere mantenerse en órbita, resistir la atracción terrestre, necesita estar animado por lo menos de una velocidad de 7,8 kilómetros por segundo. Pero no le es posible mantener su velocidad inicial de manera indefinida, porque recibe, incluso en el vacío cósmico, el impacto constante de las partículas de materia acarreadas por los vientos solares. Y así, poco a poco, insensiblemente, la acumulación de estos frotamientos infinitesimales frena su impulso. Hasta que llega el momento en que, arrastrado por la atracción terrestre, entra en barrena y cae como un bóvido.

Su entrada en la atmósfera es algo brutal. Bajo el efecto del choque, el satélite se desintegra. Es tal el calor, que los trozos de metal se ponen incandescentes y, de no ser demasiado grandes, llegan a volatilizarse. Esa es la suerte que corrieron, por ejemplo, los satélites de la serie Pegaso.

Un cráter de treinta metros

Pero el Skylab no es un ingenio de modelo corriente. Con

sus paneles solares en forma de cruz, semeja un molino de viento cuya altura equivale a la de una casa de doce pisos. Se calcula que un buen número de fragmentos, en torno a quinientos, podrían resistir el paso por la atmósfera y vendrían a caer como una lluvia de fuego. Una decena de entre ellos pueden pesar sus buenos quinientos kilos. Dos piezas, especialmente concebidas para resistir las agresiones del espacio, una puerta hermética de acero y un cofre de plomo, pesan, cada una de ellas, dos toneladas. Cuando choquen contra la Tierra abrirán un cráter de más de treinta metros de profundidad.

Lo más exasperante de este asunto es el hecho de que, en el momento de lanzar el Skylab —el 14 de mayo de 1973—, dentro del clima de euforia técnica subsiguiente a la conquista de la Luna, se hubiera calculado su órbita justo para hacerla pasar por encima de las regiones más pobladas del planeta: América del Norte y del Sur, Japón, Australia, África y Europa. Abandonado a su suerte, puede, bien es verdad, caer en el mar, que sobrevuela durante una gran parte de su periplo. Pero de la misma manera puede terminar su carrera sobre México, Nueva York, Tel Aviv. O sobre Madrid.

A esperar, pues. Los radares de la red de vigilancia del territorio americano siguen día y noche la trayectoria del satélite que, mientras tanto, pierde un poco de altitud, un centenar de metros, en cada una de sus órbitas. Los ordenadores se esfuerzan en calcular el preciso momento en que su velocidad caiga por debajo del umbral fatídico.